





EL VIAJE DE COLORIN



Colorín, después de dar buena cuenta a su tazón de leche, refirió a su amiguita, todas sus desdichas, desde el mal niño y la huida con la lluvia encima....



hasta verse con rabo de perro, una lata vacía colgada de él, y las alas rotas, la niña que era de corazón sensible, sentía mucha pena del pobre duendecillo...



y sabiendo que sólo le quedaban dos dones por conceder, dijo en voz alta. «Deseo que desaparezca el rabo de Colorín, y deseo que le crezcan las alas». No bien hubo expresado...

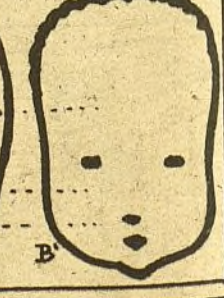
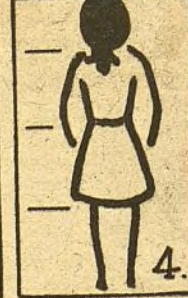
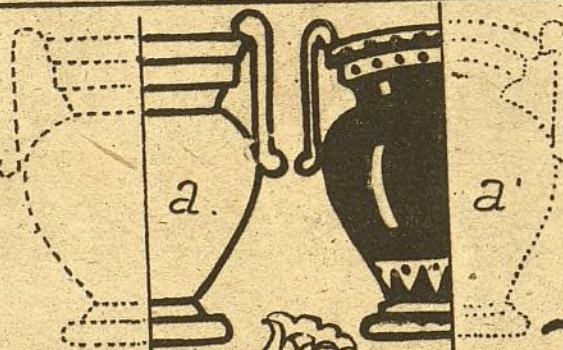
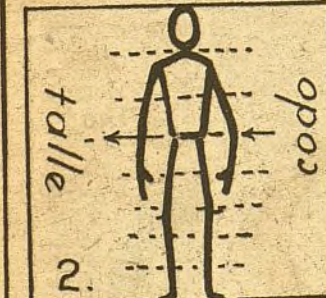
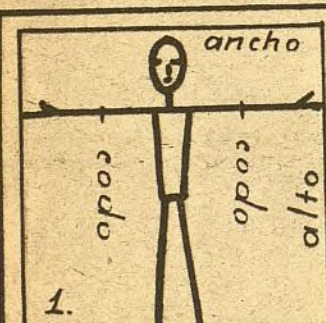


sus deseos. Colorín se vió librado de sus mágicas alas. Estaba contentísimo, por esto, y por hallar una niña tan buena como aquella.



Colorín, no obstante haber concedido los seis dones, y por la misma razón el traje mágico, volvía a surtir efecto, y así Colorín deseó que la mamá de su amiguita estuviese allí, y al momento una señora de semblante bondadoso abrazaba a la niña. —(Continuad.)

Dibujo Infantil



Proporciones del cuerpo humano.—Siguiendo el estudio de páginas anteriores, hoy presentamos las proporciones del adulto y del niño. Las figuras 1, 2, 3, y 4 os explican gráficamente más de lo que pudiéramos decir, y más claramente. El trazado de la cabeza del hombre y del niño (A B y A' B') no es igual como podéis apreciar fácilmente, ni las distancias de ojos, nariz y boca. Observadlo en la realidad. El jarrón es simétrico en un sentido. Dibujad bien la mitad primero, la otra, os será fácil buscando puntos análogos. La flor será bien interpretada si dibujáis con cuidado el esquema A.

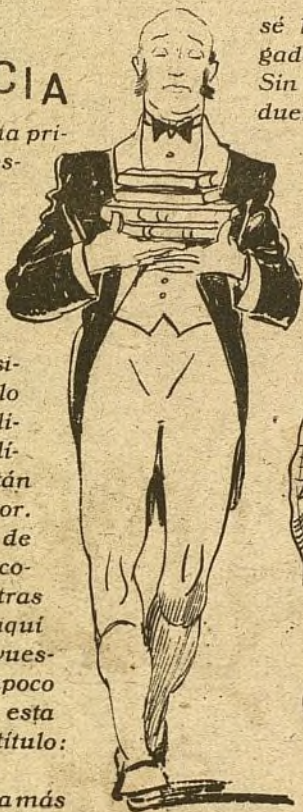
Estilización.—Consiste en cambiar las formas naturales para obtener efectos decorativos que embellezcan las cosas. Así, por ejemplo, el león (1 y 2) ha sido modificado, estilizado, para aplicarle a la decoración.

Doctrina y ESTILO

OBEDIENCIA

Yo no sé si leéis esta primera sección de nuestra revista. Tal vez os asustan un poco esas palabras que la encabezan, y pasáis sin deteneros a buscar el cuento, el dibujo, la historieta, la curiosidad. Muy mal si así lo hacéis, porque en realidad estas primeras líneas son las que están escritas con más amor. Entre tantas cosas de risa y distracción, recoged también esas otras algo más serias, que aquí ponemos en provecho vuestro. No os asuste tampoco esa otra palabra que esta vez aparece como subtítulo: Obediencia.

¡Obedecer! ¡Qué cosa más difícil y más molesta! Unas veces al papá, otras al



sé lo que habrá sido de él, pero mucho me temo que no haya llegado a ser un carácter, un hombre feliz, un ciudadano de provecho. Sin el saludable ejercicio de la obediencia, no habrá podido hacerse dueño de sí mismo, dominar sus caprichos, ni adquirir el sentido práctico tan necesario para el trato con los demás.

Teneis el peligro de creer que la obediencia humilla al que la practica; pero en realidad es todo lo contrario. Vereis con frecuencia personas que visten muy llamativa y aparatosa-

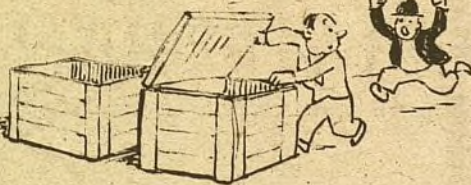
mente, llevadas del afán de singularizarse, de sobresalir. Quieren llamar la atención, porque no tienen el auténtico valor que levanta y engrandece a los hombres. Otro tanto sucede con la obediencia. No creáis que es el más fuerte el que se niega a admitir. Este es un pobre juguete de su pasión. El mejor modo con que un hombre puede hacer resaltar su propia individualidad y su energía indomable, es sometiendo de una manera espontánea y con ánimo tranquilo a la obediencia.

Goethe decía: «Yo probaba que en la obediencia gozaba mi alma de mayor y mejor libertad».

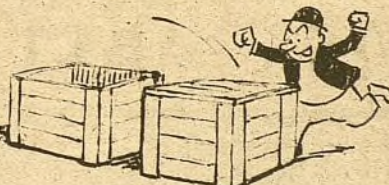
AROLTEGUI

PACO-TILLA SE LIBRA DE SU ENEMIGO.

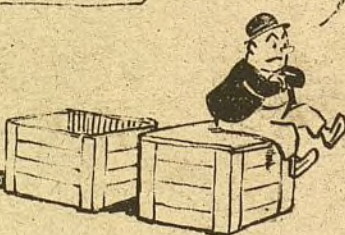
¡SI TE COJO TE VOY A HACER TRIZAS!



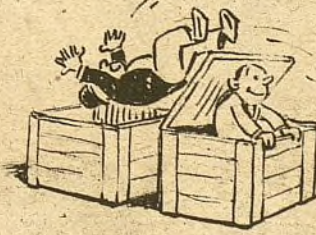
¡AQUI TE HAS METIDO, EH? ¡PUES YA TE ARREGLARÉ!



¡NO SALDRÁS HASTA QUE A MI SE ME ANTOJE!



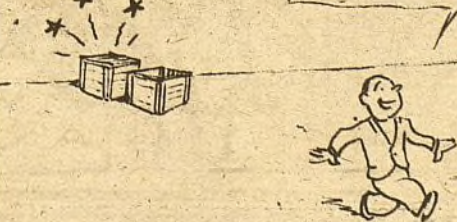
¡BUENO!



PUES YA ME AVISARÁS



YA ME HE LIBRADO DE ESE PAPANATAS



BENCJAM

Héroes de la Patria

Por Fray Justo Pérez de Urbel

Ilustraciones de Aróztegui

El cura Merino



llegar al centenar de bajas entre muertos y heridos. Pero el cura lo tenía previsto todo. Entonces empezó una persecución metódica, favorecida por el conocimiento de los atajos e incidentes del camino. Al poco tiempo el coronel caía desmayado y desangrado, y el comandante Fichet se encargó de organizar la retirada. Intentó primero una carga furiosa contra los guerrilleros, que hostigaban su retaguardia, pero éstos desaparecían repentinamente, y volvían a aparecer al poco rato cortando el camino. Hubo, no obstante, un ataque de frente, llevado con verdadera habilidad por los hombres del cura. Avanzó una fila por la derecha, guareciéndose en las depresiones del terreno; después otra por la izquierda, y otra y otra. Luego ocho o diez pasos, arrastrándose por el suelo, emboscados entre las matas. Y cuando los franceses estaban desconcertados ante aquella insistente acometida, apareció un gallardete blanco sobre un pino. Era la señal de la lucha para el «Brigante». Levantando el sable, dió a su gente la orden de atacar. Todos avanzaron, haciendo la señal de la cruz. El «Brigante» les guía sereno, terrible, majestuoso, gritando como un energúmeno, hiriendo como un ángel exterminador. Los franceses ceden; su comandante atravesado por una bala, cae del caballo. La matanza se hace general. Aquí y allá grupos de dragones siguen combatiendo al canto de «La Marsellesa». La mayor parte murieron; los restantes quedaron prisioneros. Pero aquella acción gloriosa, costó al cura Merino la pérdida del «Brigante». El lugar del encuentro, sigue llamándose todavía el «Vallejo de los Franceses».

(Continuará.)

XIV.—La matanza

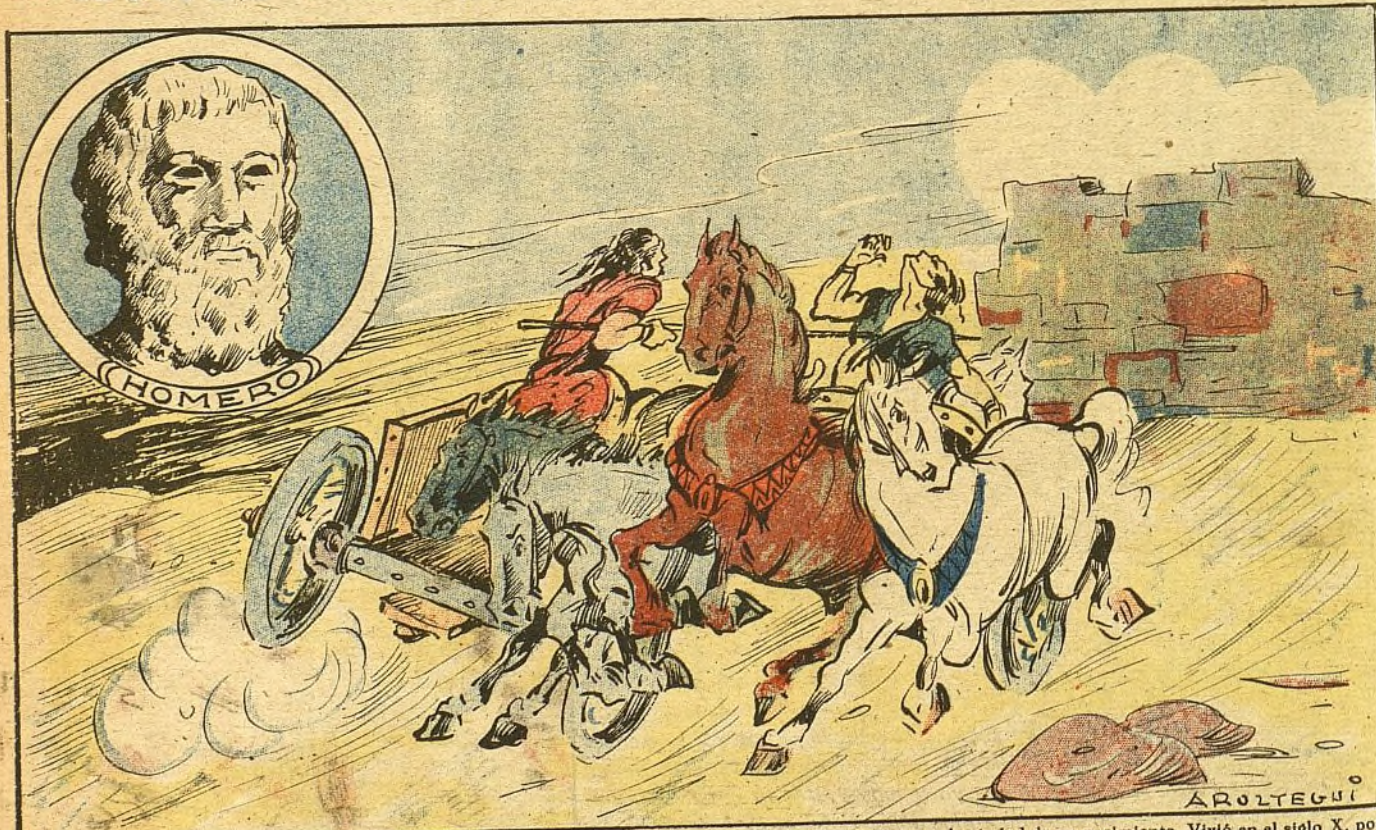
Como por obra de magia, había desaparecido un verdadero bosque, dejando al descubierto el nutrido escuadrón de gendarmes y dragones. Parecía repetirse la historia de Roncesvalles. Protegidos por las breñas y los troncos, los hombres de Merino hacían estragos. Sobre el enemigo apolotonado en el fondo de la calzada. Muchos jinetes rodaron con sus caballos al fondo del barranco, otros quedaron estrellados entre las rocas. La confusión aumentaba por momentos. Nadie sabía qué hacer, porque el coronel, herido desde la primera descarga, no tenía fuerzas para transmitir las órdenes de un extremo a otro de la columna. Al fin logró hacer saber a su fuerza que renunciaba a retroceder, y que no había más remedio que morir o juntarse con el primer pelotón que había pasado forzando la salida del desfiladero.

Los dragones echaron pie a tierra, y poniéndose en vanguardia, intentaron avanzar haciendo un fuego desesperado. Detrás iban de dos en dos los demás jinetes, encorvados sobre el cuello de los caballos, para parapetarse de las balas. Progresando lentamente, lanzando sus descargas con una precisión matemática, y deteniéndose de cuando en cuando tras de algún repecho para renovar las fuerzas y recoger los heridos, llegaron a la loma, en que estaba apostado el «Jabali». Este como tenía orden de no trabar combate, se retiró.

La estratagema del Portillo fracasaba. Los franceses salían de allí, sin



OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA



Homero es el más famoso de los poetas épicos de Grecia. Se le llama el anciano o el ciego de Quíos, por la ciudad de su nacimiento. Vivió en el siglo X, poco después de la guerra de Troya. Los griegos se le imaginaban caminando de ciudad y de aldea en aldea, cantando sus versos e inculcando así a la juventud las virtudes de los héroes. Dejó dos obras inmortales: la «Iliada», en que nos representa a los griegos delante de Troya, y la «Odisea», en que relata los viajes y aventuras de Ulises, uno de los príncipes griegos que lucharon a las órdenes de Agamenón, pastor de pueblos.



LOS SUCEOS DE EL SAGAZ

TEXTO DE KALI



Entre ambos hombres se inició una lucha denodada a puñetazo limpio. La pistola de Alberto había rodado hasta debajo de la cama y por más esfuerzos que hacía no lograba poderla alcanzar, por cuanto el bandido, viéndole las intenciones evitaba poniendo en juego todos los medios, darle la oportunidad. El ruido de la lucha despertó a varios viajeros que saltaron de la cama agolpándose en el pasillo.

—¿Qué sucede? —preguntó el mozo del vagón al ver los corrillos.



—Aquí dentro debe pasar algo anormal —indujo uno.
—Seguramente algún ladrón. No es extraño en los trenes —terció otro.
—Voy a llamar a la policía —concluyó el mozo saliendo.

Uno de los curiosos, más impaciente, no se avino a esperar a los policías



y empezó a dar grandes puñetazos a la puerta. El ruido de los golpes alarmó al bandido, quien antes de verse declarando ante la policía decidió jugarse la vida y aprovechando que se hallaba cerca del interruptor, apagó la luz, abriendo rápidamente la ventanilla por la que se tiró al exterior cogiendo el maletín; detrás de él le siguió Alberto, rodando ambos por el pequeño desmonte que rodeaba la vía. Cuando la policía logró abrir la puerta se encontró con el departamento vacío, ante el estupor de los demás viajeros. Al repasar el vagón se hallaron con el departamento de Alberto vacío también.



—Han desaparecido dos hombres —comentaba todo el mundo.

Hidalgo quedó consternado al enterarse de la suerte de su compinche. —Pero, señores míos —decía a la policía— no se puede dejar que sucedan cosas tan monstruosas.

La señal de alarma fué dada y varios individuos descendieron del tren a la caza y captura de los desaparecidos. La velocidad que llevaba el expreso había puesto por medio algunos kilómetros y por lo tanto, las pesquisas fueron infructuosas. La policía se dió por vencida y regresó al tren el cual volvió a ponerse en marcha. Hidalgo recogió del departamento de su amigo las maletas, trasladándolas al suyo y siguió el viaje hasta Madrid.

Alberto no había perdido el tiempo. Algo dolorido de la formidable caída, se había incorporado inmediatamente, siguiendo la ruta del bandido, que también magullado y cojeando, intentaba correr. (CONTINUARA)





Del biberón a la FAMA

MANOLO ALDAY

¡Al fútbol, al fútbol!
¡Olé, olé!

Sí, amiguitos; hoy voy a pasar la tarde en un partido de fútbol, en el que el Madrid va a ali-
nearse.

¡Piii..... pi pi pi..... iiiii!
Comienza el primer tiempo.
¡Qué jugadas, amiguitos!.....

¡Piii..... pi pi pi..... iiiii!
Termina el primer tiempo.
Bueno; pues yo voy a aprovechar el ídem
y os lo voy a dedicar a vosotros. Vereis:

Duendecillo.—¿Alday? ¿Manuel Alday?

Manolo.—Aquí me tienes.

Duendecillo.—Oye, Manolito; mientras co-
mienza la segunda parte del juego, ¿quieres con-
testarme a unas preguntas para los lectorcitos
de «Flechas y Pelayos»?

Manolo.—Con mucho gusto, Duendecillo.
Abre ese piquito.

Duendecillo.—¿Dónde y cuándo naciste?

Manolo.—En San Sebastián, el día 5 de sep-
tiembre de 1917.

Duendecillo.—¿Comenzaste a jugar desde
muy niño?

Manolo.—Sí. Cuando sólo contaba diez
años, ya jugaba de medio centro en el equi-
po del Colegio de los Marianistas.

Duendecillo.—Y qué, ¿fuiste muy travieso
en tus años infantiles?

Manolo.—No, Duendecillo. Alguna que
otra vez me escapaba del colegio para ir a com-
prar golosinas, y otras lo hacía por jugar al
fútbol, pero eso ¿quién no lo ha hecho de niño?

Duendecillo.—Tienes razón, Manolito;
¿quién no lo ha hecho? En fin, vamos a ver.
¿Recuerdas alguna anécdota curiosa de tu in-
fancia?

Manolo.—Sí, Duendecillo, pero prométeme
que esto no lo publicarás.

Duendecillo.—Prometido.

Manolo.—Pues yo, amigo Duendecillo, un
día fui ¡huelguista! No te asustes, que la cosa
no fué grave.

Duendecillo.—Cuenta, cuenta.....

Manolo.—Verás. Cierta tarde jugábamos un
partido de fútbol el equipo de mi colegio con
otro once también estudiantil, en la playa, que
era nuestro campo. El partido lo arbitraba un
profesor nuestro y como quiera que a conse-
cuencia de cierta jugada fuera castigar a uno de
mis compañeros, nos enfadamos tanto con el
buen profesor, que al regresar al colegio nos
confabulamos todos para no entrar en clase.
Nos declaramos en huelga de libros cerrados.
Ahora, que después vinieron los azotitos.

Duendecillo.—¡Hombre, claro! Y ahora di-
me, Manolo; ¿qué piensas hacer cuando térmi-
nes la carrera de medicina?

Manolo.—Pues dejar de ser futbolista.

Duendecillo.—¿Piensas abandonar el de-
porte?

Manolo.—No, Duendecillo. Quiero dedicar-
me a la medicina, pero sin dejar de hacer de-
porte, cosa que me encanta. Ahora, el fútbol,
como profesión, no.

Duendecillo.—Muy bien, Manolito. Y dime:
¿te gustaría volver a ser niño?

Manolo.—No lo sé; porque como todavía no he dejado de serlo.....

Duendecillo.—Oye; lees periódicos infantiles entonces, ¿no?

Manolo.—Claro.

Duendecillo.—¿Y qué es lo que más te gusta.....

¡Piii..... pi pi pi..... iiiii!

Comienza el segundo tiempo y queda interrumpido mi diálogo con
Alday. Pero como ya me ha contado cosas interesantes, firmo

DUENDECILLO.



México.—En los sellos de las Repúblicas ame-
ricanas encontramos con mucha frecuencia viñe-
tas en las que se multiplican los personajes, esce-
nas de carácter histórico, llenas de vida sin duda

A.F.H.A. (S.I.)

ASOCIACIÓN FILATÉLICA HISPANO AMERICANA (SECCIÓN INFANTIL)

alguna, pero que en el reducido espacio de un sello postal pier-
den mucho de su belleza.

Y sin embargo los motivos de estas escenas son casi siem-
pre emocionantes.

¿Qué espectáculo más emotivo que una Misa de Campaña,
celebrada ante unos hombres que van a exponer su vida por
una causa que ellos juzgan dignísima?

Pues éste es precisamente el motivo del sello de un peso,



México. 1910. 1 peso. LOS INSURRECTOS
OVENDO MISA.



azul y negro, correspondiente a la emi-
sión mejicana del centenario de la inde-
pendencia.

No queremos ahora juzgar la nobleza
de una causa por cuya realización esos

hombres rezan arrodillados.

Sería muy complicado buscar
los verdaderos responsables de
la emancipación americana. Lo
cierto es, —lo ha demostrado el
gran Maza en su defensa de la
Hispanidad—, que los primeros
gritos de insurrección fueron tan
suversivos como los posteriores.

De hecho, esos hombres que
ahí veis arrodillados pelearán por
la independencia de México; pe-
ro se han levantado al grito de
«¡Viva Fernando VII!»; México
independiente nunca llegará a
ser tan cristiano como cuando
fué español, pero esos insurrec-
tos mejicanos llevan como en-
seña en la punta de una lanza a
la Virgen de Guadalupe, cada
uno pegará su estampa en su
sombrero, y... ya lo veis, están
oyendo Misa con una devoción
admirable.

¿Habrá exagerado tal vez el ar-
tista el fervor de esos soldados?

Yo creo que la exageración—
sí la hay—no ha sido mucha.

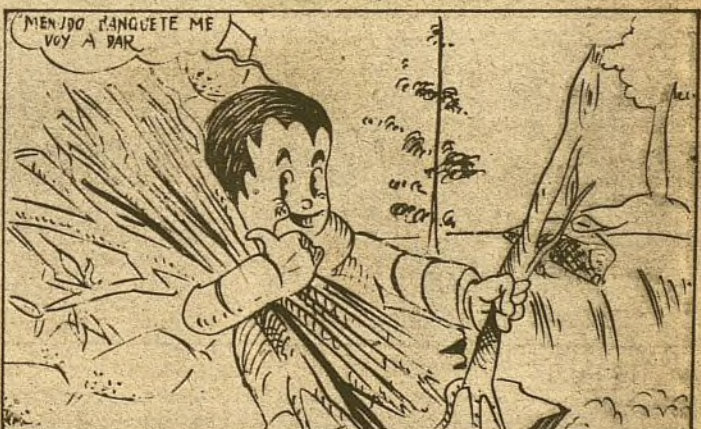
¿Pero qué momento de la inde-
pendencia mejicana representa
la viñeta de ese sello?

Los insurrectos van a entrar en
batalla, la famosa batalla del
Monte de las Cruces. Han llega-
do hasta allí pisando los laureles.

LUIS VICUÑA
De la Directiva de A.F.H.A. (S.I.)



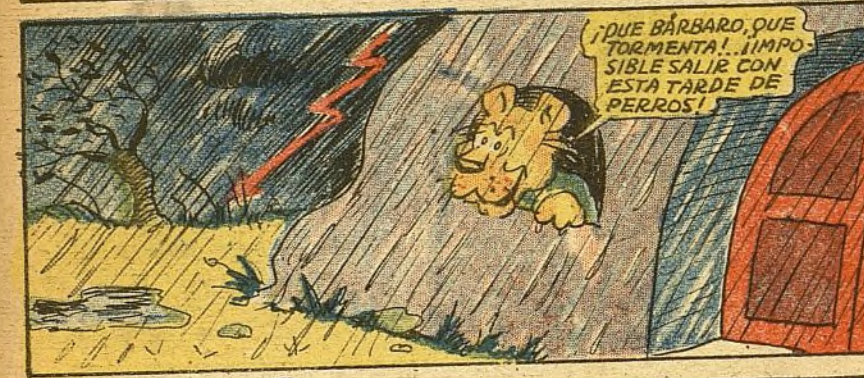
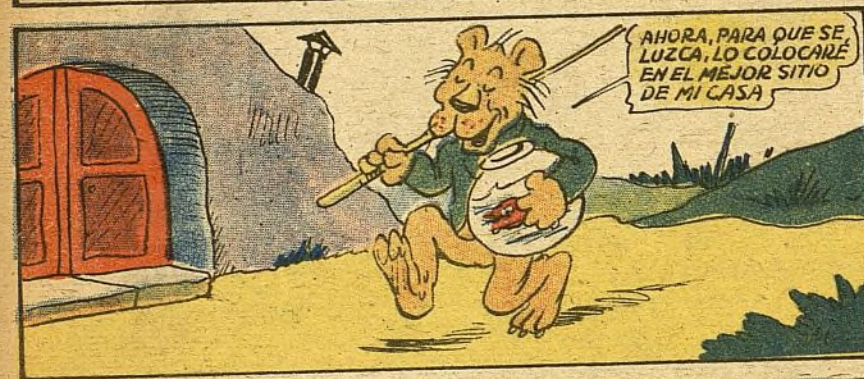
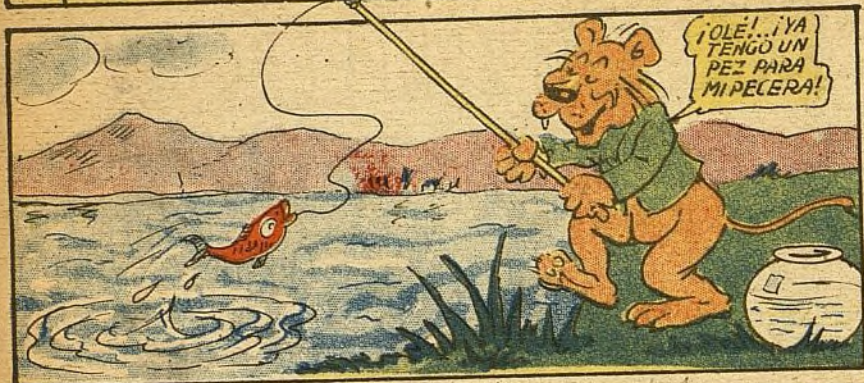
HAZANAS DE "EL FLECHA GUERRERO"



¡¡ATENCIÓN!!

Muy pronto podreis gozar con la lectura interesantísima, culta y saturada de humor infantil del **ALMANAQUE DE "FLECHAS Y PELAYOS" PARA 1941**. Es una superación magnífica al de años anteriores y en él vereis, cuentos, historietas, deportes, curiosidades, etc., con preciosos dibujos y profusión de colorido. **¡COMPRADLO TODOS QUE OS ENTUSIASMARA!**

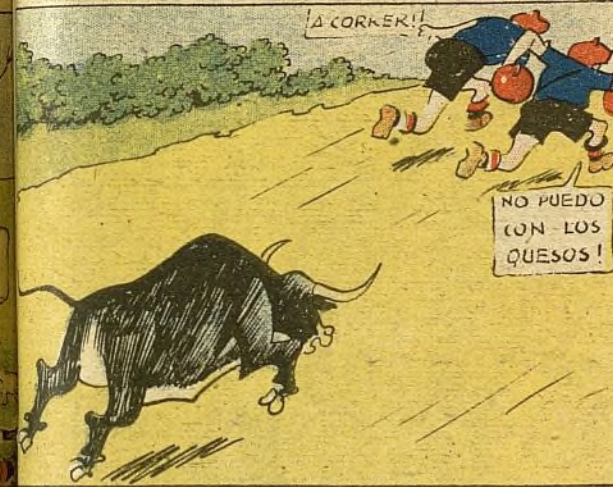
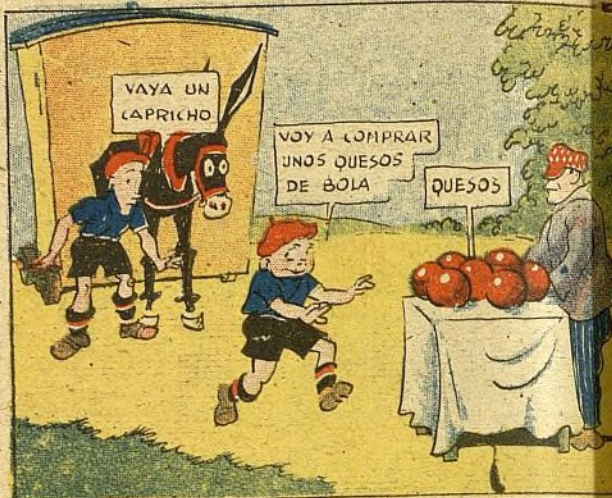
DON LEONCIO NO QUISO MOJARSE



Orindanzas de un Flecha y un Relayo



VIAJE DE PLACER

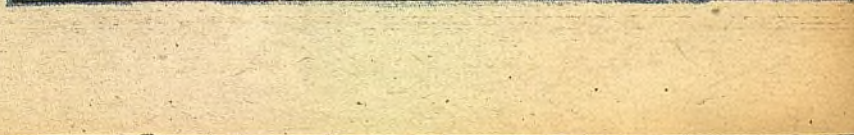
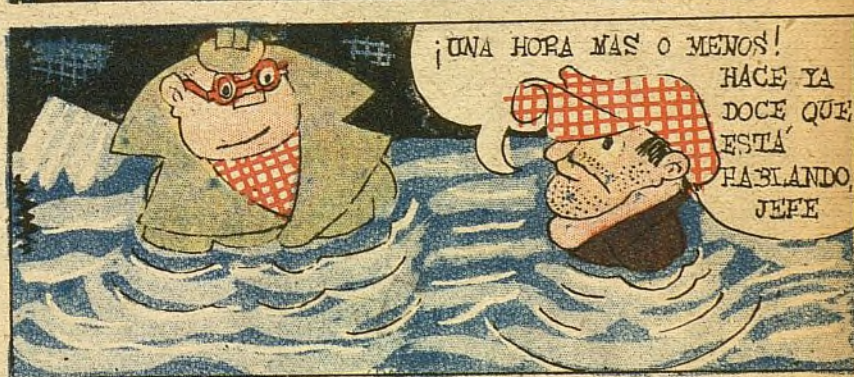
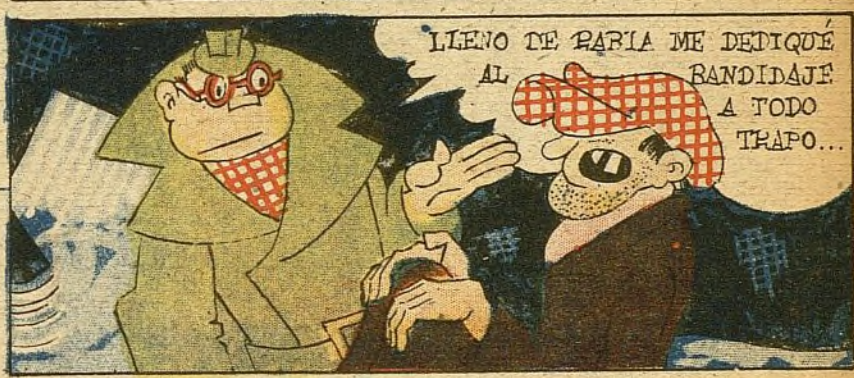


Maravillas
GRAN REVISTA INFANTIL

Precio de suscripción:
ESPAÑA: Trimestre: 2,25
Semestre: 4,50
Año: 8,75
EXTRANJERO: Trimestre: 3,55
Semestre: 6,90
Año: 13,45

Curiosidades -- Cuentos
Historietas -- Aventuras.
NÚMERO SUELTO 0,15 CTS.

DESVENTURAS del "GANGSTER" PAT O'SHO





ANSELMO y GREGORIO



ACCIONES y PROEZAS de NUEVA JUVENTUD por Pedro Raida

A Anselmo y Gregorio se les iban sus cabezas con ideas encontradas, alucinaciones desconcertantes y estremecimientos de des-templanza febril.

La película de la Epopeya Nacional, que acababan de admirar en compañía de Matildita, fué como una tempestad —de corazonadas y presagios— recalada en sus cerebros, de continuo acalorados de emulación heroica.

Cuando el flecha y el pelayo dejaron a Matildita en su casa, helaba sobremanera y un súbito apagón enterró las calles en la más bronca obscuridad.

De no se sabía dónde, chascaron varias piedras. Se oyeron al unísono extraños ruidos de carraspeos y silbidos. Luego un ladrillo se estrelló en el suelo y al poco rato se abrían misteriosamente algunas ventanas, de las que salieron disparadas botellas que también se estrellaban contra rejas y aceras.

A lo lejos, sombras difusas de gente menuda que emergían de un sitio y convergían en otro, con apresuramiento inusitado.

—Qué raro es todo esto— comentó Anselmo.

—Y menos mal que vamos juntos— arguyó Gregorio.

A los pocos segundos volvieron a perturbar el silencio de la noche, debatida en aquella sobrecogedora obscuridad, voces extrañas, silbatos prolongados, rodajes estrepitosos, nuevas pedradas,



un sin fin de repetidos botellazos.

Los camaradas se preguntaron entonces: —¿Habrà llegado la hora?

De pronto, el cielo enrojeció como horno de fundición. Y sobre el fondo de esa gama igniscente de fuego devastador, perfilóse un monstruo de aspecto sanginario y terrorífico. Hiriendo con su mirada asesina a los dos estupefactos colegiales, pareció gritarles: ¡Vais a morir todos los flechas y pelayos!



Y ante ellos, con la punta de un rayo descomunal, se abrió el vientre, rasgóse los costados y surgieron de aquél y de éstos, masas colosales de pequeños demonios de un nerviosismo y una irritabilidad felinas.

Anselmo y Gregorio ya no sabían dónde estaban ni qué tierra pisaban. Se escabulleron fulmineos, cada cual por distinta dirección.

Cayeron sobre el empedrado de las calles, todos los engendros demoníacos y provistos de grandes palos, empezaron a invadir los tranquilos hogares de muchos flechas y pelayos.

En un santiamén se sucedieron por los portales de las casas, bastantes flechas y pelayos en lucha desesperada con los pequeños de-



monios. Mas la superioridad numérica de éstos, venció, no sin extraordinarias bajas, la resistencia de los primeros.

Los flechas y pelayos, reunidos y maniatados, fueron puestos en hilera contra una pared.

Y en seguida, los pequeños demonios se dieron a la macabra tarea de escoger los mejores palos para machacar a los pelayos y formar una hoguera con los restantes para quemar vivos a los flechas.

Reconciliándose ante Dios, unos y otros mostraban su arrepentimiento por no haber vivido unidos a los demás que se agrupaban en torno de Anselmo y Gregorio.

Dispuestos los palos de exterminio y la hoguera en llamas ingentes, los pelayos caían desangrados y los flechas en pavoroso fuego...

¡Qué de gritos horribles y escalofriantes desgarraban en aquel ambiente de tragedia, que olía a matadero de sangre generosa y a parrilla de carne santa!

Entregándose los pequeños demonios a un siniestro bailoteo en torno a sus víctimas, no se esperaron que el cielo se cubriera de globos encendidos, que planearan sobre el lugar de la infame tragedia.

Con gritos exasperantes, comenzaron a sacar de sus negros pechos tiradores de gran alcance y a disparar cuñitas de...

(Continuará)

La Inmaculada

He aquí una de las más bellas fiestas de la Iglesia Católica. Es una fiesta vestida de luz y de alegría. En medio de estos días grises y tristes de diciembre, la fiesta de la Inmaculada Concepción se nos aparece de pronto como una lucecita en la noche, como una fresca sonrisa del cielo entreabierto. Se nos aparece también como el más tentador anticipo de los blancos gozos de Navidad. Ahora es la Madre la que nos sonríe; dentro de unos días será el Hijo el que tienda hacia nosotros sus manecitas tiernas y acariciadoras.

Era a mediados del siglo pasado. Días malos para la Iglesia. La impiedad erguía triunfante su cabeza. Los sabios elaboraban teorías demolidoras contra la fe católica; los masones trabajaban febrilmente en sus tenebrosos antros, para aniquilar a la Iglesia; los políticos y los gobernantes tramaban el derribamiento definitivo del poder pontificio; las herejías y los cismas sembraban el desorden y la anarquía en las mismas filas del cristianismo. Todo parecía coaligarse para lograr la desaparición radical, el aniquilamiento absoluto de la fe y de la moral cristianas. Y es entonces cuando el venerable anciano del Vaticano, el Papa Pío IX, se decide a proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción. Fué esto el día 8 de diciembre de 1854.



La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción vino a zanjarse definitivamente una reñida cuestión, debatida desde los más antiguos tiempos. Pero, más que a esto, vino sobre todo a traer la alegría, el júbilo más hondo a las almas nobles, a los espíritus amantes de la belleza, de la verdad, de todo lo que significa perfección. Con el dogma de la Inmaculada se proclamó la más consoladora, la más confortante, la más atrayente de las verdades del Credo cristiano. Con la proclamación del dogma de la Inmaculada se hizo la más entusiasta, la más fervida exaltación de la naturaleza humana que se haya hecho jamás. Ahora ya sabemos que allá, en lo más excelso de los cielos, nuestra propia carne, esta naturaleza de que todos estamos revestidos, brilla espléndida, sin una mancha, sin un celaje, sin una arruga. Y todo esto se lo debemos a María. Se lo debemos a María, pero por Jesús. La blancura, la tersa nitidez que envuelve a la Madre, es obra del Hijo. Fué la única excepción que hizo entre todos los mortales. Y la hizo: porque pudo, porque quiso y porque debió hacerla.

En este día de la Inmaculada Concepción, en esta fiesta eminentemente española, todos nosotros debemos unirnos al júbilo de nuestra gloriosa Infantería, para festejar con ella a su excelsa Patrona. Enarbolemos también nuestras banderas y pasemos, tensos, el brazo en alto, por delante de ella, saludándola y cantándole con la Iglesia: Toda hermosa eres, María;

tú eres la gloria del pueblo cristiano, la alegría de las almas y el honor de nuestra Nación. A ti la gloria y nuestros más fervidos cánticos para siempre.

N. D.

¿Qué quieres saber?



Para Ana María Villarejo, con un cariñoso abrazo y a tus pies. Mari Pepa

to dedicada y más siendo una chica tan poco egoísta y tan simpática. Abrazos.



a mis simpáticas, amiguitas, Anita y Julieta Espejo, con todo el cariño de Mari Pepa.

tando enfermita me gustó entretenerme más a menudo con mi correspondencia. Pero... más vale tarde que nunca. Aquí va mi retrato dedicado como es tu deseo. Mis papás y hermanitos te mandan sus recuerdos y yo, con el deseo de que ya estés completamente buena, te envío millones de besos.

Magdalena Sánchez Arjona. (Fregenal de la Sierra).—Eres una im-

Ana Mari Villarejo. (Bilbao).—Encantada de ser amiguita tuya. Te mando mi retrato en la postura que desees. Eres una picaresca que te sales con tu deseo. Recetas de rosquillas y juegos y todo eso que me pides han salido a montones en estas páginas y me figuro que las habrás copiado y aprovechado aun cuando no fueran dirigidas a ti especialmente. Me he reído mucho con la travesura que le hiciste a Fausti, pero bien caro pagaste el atracón de chocolate. Recuerdos a tus dos hermanos, el peque y el grande y para ti un abrazo muy cariñoso.

Margarita Castro. (San Juan de Aznalfarache).—Para que veas que, aunque tarde, nunca dejo de contestar a mis queridísimas amigas, te mando mi fo-

Teresita y Julieta Espejo. (Sevilla).—Lo que yo no quiero, saladísima sevillanita, es que os deis una «soba» cada vez que tenéis que leer mis aventuras y mucho menos a costa de mi foto que aquí al lado os va dedicada. La cosa tiene fácil remedio: compráis cada una un número del semanario y así tenéis cada cual su fotografía sin que haya peleas. Por una vez, bien vale la pena. Mis hermanos os mandan sus recuerdos y yo miles de abrazos y besos.

Beluoba López Ubal. (Sanatorio de Oza).—Siento no haber leído antes tu carta para haberte contestado, pues es-

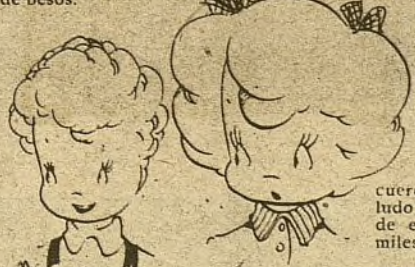
te contestado, pues es-

cientona, pero para estas fechas ya te habrás tenido que acostumbrar a tener paciencia. Leo ahora tu segunda cartita. Te mando el peinado. En cuanto a la correspondencia, no tienes más que escribir a cualquiera de las señas que aparecen en esta sección muy a menudo y bajo el título de «Correspondencia». ¿Has visto el último libro de mis aventuras? Allí puedes encontrar a Miss Ketty recordable. Te lo anuncio porque sé que te llevarás un alegrón. Muchos camiones de besos.

M. Victoria Molina.

(Murcia).—Desde ahora puedes contarte entre mis mejores amigas. Lo que siento es no poder escribirte más a menudo. Como eres golosona te mando la receta del dulce siguiente: Bizcochos rellenos. Se compran bizcochos de tira. Se pasan por almibar y entre dos se pone crema de mantequilla. Encima se cubren de mermelada de albaricoque y almendras. La crema de mantequilla se hace así: Primero un almibar con 75 gramos de azúcar y un poco de agua. Luego se le unen dos yemas bien batidas y se añaden poco a poco 75 gramos de mantequilla. Tiene que batirse mucho hasta que se espese y enfríe. Te mando millones de besos.

Josefa Formoso (Sanatorio de Oza).—Aquí va mi retrato con Santi. Me alegro mucho de que mis cuentos te distraigan y te diviertan. Mis hermanos y mis papás, te mandan sus recuerdos junto con un saludo para todas las niñas de ese Sanatorio y yo miles y miles de abrazos.



Finita Zanón Bel-

trán. (Valencia).—Encantada de conocerte. Te mando mi retrato dedicado ya que por ahora no puedo ir en persona a jugar contigo. Mis hermanos mandan recuerdos para los tuyos y María. Clate envía un abrazo junto con otro mío muy fuerte.

Ana María Sanjurjo. (El Ferrol del Caudillo).—Haces bien en no dudar porque ya ves que te contesto. Te mando el modelo de bolsa para la labor, lo más sencillito posible. Yo también te mando un abrazo asfixiante.



Mari-Pepa



Para Santa Juana Belhán, con todo el cariño de mi amiguita Mari Pepa.

Cuento de Mari-Pepa

UNA BROMA PESADA

M

AMÁ nos había prometido que si nos portábamos bien durante toda la semana, el domingo nos llevaría al teatro. Ni qué decir tiene que yo procuré ser una verdadera santa. Todos los días estudiaba muy bien las lecciones y mi comportamiento en el colegio y en casa era excelente. Así llegó el sábado, sin el menor contratiempo. Mamá tenía ya las localidades en el bolsillo y todo nos hacía esperar un domingo divertidísimo. Sin embargo, a mi hermano José Antonio se le ocurrió gastarme una broma muy pesada, es decir, a don Jenaro.

Solía llegar mi profesor a casa un poco antes de que yo regresara del colegio. José Antonio lo sabía y tuvo aquella tarde una terrible idea. Con dos almohadones de lana hizo una especie de muñeco, del tamaño de una niña. Lo vistió con un traje mío, le puso un sombrero y lo sentó en mi mesa de estudio. Y tomando don Jenaro que, entre otras cosas, es bastante corto de vista. Y tomando al monigote por su alumna, comenzó a disertar sobre la lección del día.

—Trataremos hoy, en primer lugar, de la multiplicación. ¿Qué es la multiplicación? Seguramente que tú sabes multiplicar, pero no sabes explicarme lo que haces.

Un silencio sepulcral fué la única respuesta. ¡Cómo iban a contestarle los almohadones!

—Vaya, ya veo que no lo sabes; pues voy a explicártelo. Multiplicar es repetir una cantidad un número de veces determinado. Es decir, es una suma abreviada, en la que todos los sumandos son iguales. ¿Has comprendido?

Nuevo silencio del monigote de lana.

—¿No está claro entonces?

Vamos a decirlo de otro modo. Suponte que hay

cuatro niñas, y que a

cada una quieres darle

cinco manzanas; ¿cómo

sabrás el total de las

manzanas que repartes?

Y tú me dirás: pues su-

mando cinco, mas cinco,

mas cinco, mas cinco.

Muy bien; pero eso sería

muy largo y para mayor

rapidez tú multiplicas las

cinco manzanas por

cuatro y tienes inmediata-

mente el resultado, que

son veinte, en este caso.

Bueno; y para que

casaros con las largui-

simas explicaciones que

don Jenaro siguió dando a su fingida discípula? El caso es que, cuando

más ensimismado estaba en su labor docente, llegué yo del colegio,

abrí la puerta del cuarto de estudio, noté enseguida el engaño de que

don Jenaro había sido objeto y no pude reprimir una carcajada. El pobre

señor se quedó muy sorprendido al verme. Se acercó al muñeco, lo

zarandeó violentamente y, volviéndose a mí, me dijo con voz terrible:

—Estas bromitas, niña, no te las consiento. ¿Para eso llevo yo aquí

media hora desgastándome con la aritmética? Hoy mismo lo sabrá tu

mamá y tendrás un castigo que te duela.



—Yo le aseguro a usted que no sabía nada, que soy inocente....

—A otro perro con ese hueso—replicó don Jenaro. Ya conozco tu afición a las diabluras y no podrás convencirme de que no estabas enterada. ¿A

quién, sino a ti, le podía interesar gastarme esta broma? Mientras yo ha-

blaba al muñeco de tra-

po, tú podías jugar por

ahí tranquilamente. Pe-

ro de esto se enterará ahora mismito tu madre.

Y sucedió lo que yo me temía; que mamá creyó en todo a don Je-

naró y me anunció que al día siguiente me quedaría sin ir al teatro.

Desconsolada y triste, me fui a ver a Juana, que siempre encuentra disculpa a mis cosas y me da la razón en todo. Es-

taba en el cuarto de plancha y con ella mi hermano Santi-

ago, a quien le entusiasman los cuentos que ella sabe.

—Cuéntame el de la princesa que se convirtió en borrico—le decía.

—Y Juana, siempre complaciente, iba a comenzar su relato, cuando yo llegué a confiarle mis penas.

—Eso es una injusticia—aseguró Juana cuando yo terminé. ¿Por qué no le explicas a tu madre la verdad y dices que José Antonio fué el culpable?

—Porque entonces yo sería una acusica y eso está muy feo.

—Tienes razón. Tu hermano es el que debía aclararlo todo, pero no lo hará porque se queda mañana sin teatro.

—Si quieres yo le doy un puñetazo—ofreció Santiaguín, sin contar con sus fuerzas.

—¡Y bien que se lo merecía!—exclamó Juana—pero tú eres mucho más pequeño y saldrías perdiendo en la pelea. Ahora que... se me está ocurriendo un buen castigo para él. Y no podrá decir que ninguno de vosotros le ha pegado.

—¿Cuál es? Dínoslo pronto.

Y Juana, bajando la voz, nos dió las instrucciones necesarias para llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente, Santi y yo nos levantamos más pronto que de ordinario, (Juana se había encargado de llamarnos) y nos fuimos al dormitorio de nuestro hermano. José Antonio dormía placidamente con los brazos estirados a los lados de la cama. Cogimos una de sus pesadas botas de fútbol, la colocamos sobre la colcha y, con el cordón, se la atamos cuidadosamente a la muñeca. Luego cogimos la otra bota y repetimos la operación con la otra mano.

Una vez preparado todo esto, con una pluma de gallina bien suave, empezamos a rozarle ligeramente la punta de la nariz, la frente, la barbilla y las mejillas. Parecía como si una mosca se fuera posando en su cara y, naturalmente, el continuo cosquilleo terminó por molestarle a pesar de su profundo sueño.

Instintivamente, y sin despertarse del todo, se llevó una mano a la cara, para apartar al pegajoso insecto y ¡plaf! se dió de lleno con la bota en las narices. Dolido por el golpe y ya casi despierto, acercó su otra mano al rostro y la segunda bota acabó de estropearlo del todo.

Entonces abrió los ojos e incorporándose en la cama, nos vió como refamos y comprendió lo que había pasado.

—En cuanto me levante, veis...

¡Pero si nosotros no te hemos hecho nada! —le dije yo desde una prudente distancia. Tú mismo te has dado con la bota en la nariz, por infeliz.

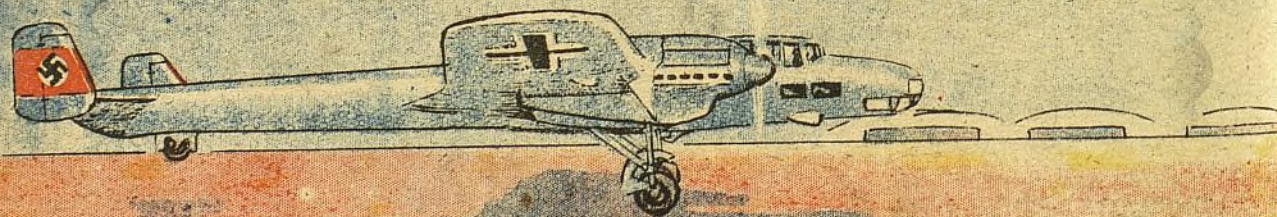
Y ya que ayer gastaste a don Jenaro una broma tan pesada y consentiste que le echaran la culpa de ella a Mari-Pepa, justo es que pagues ahora las consecuencias—añadió Juana.

—Y aunque no te castiguen y puedas ir hoy al teatro—terminó Santi—tendrás que lucir esas preciosas narices llenas de cardenales.

—José Antonio comprendió su falta. Refirió a mamá la verdad de lo ocurrido y los tres pudimos ir el domingo al teatro porque a él, por su sinceridad, también le perdonaron.

MARI-PEPA

He aquí el veloz bombardero de combate alemán «DORNIER DO-18». Alcanza una velocidad máxima de 450 kilómetros por hora y 310 kilómetros en crucero. Puede cargar cerca de 2.000 kilos, sus dos motores a refrigeramiento por líquido (agua). Su radio de acción es de 1.500 kms. Su tren de aterrizaje es eclipsable, comprende tres puestos de ametralladoras, dos timones dirección en los extremos del plano de profundidad de cola y mide 16,90 metros de largo y de ancho 18 metros.

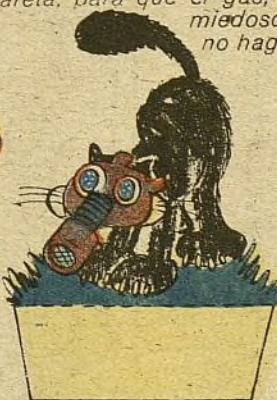


En el próximo número publicaremos un aparato italiano de la misma categoría.

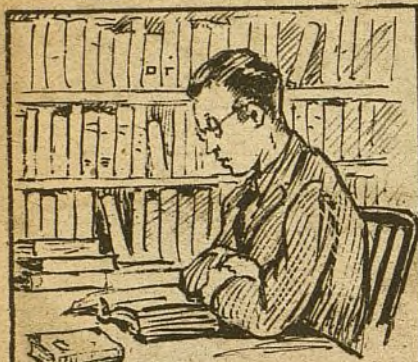


FIGURAS RECORTABLES

Ya sabéis qué es el gas. El gas es una cosa así... Y hay muchas clases de gases. Los más conocidos son: el que se usa en la paz para meterlo dentro de las botellas de gaseosa y otro, el que han empleado en algunas guerras para meterlo dentro de los soldados. Este último gas suele oler a mostaza, a vainilla, a queso, según, para hacer más agradable su ingestión. Y el primer gas tiene un olor muy parecido al gas. El gas que meten dentro de las gaseosas hace, al olerlo, cosquillas en la nariz y el gas que no está metido en botellas, deshace la nariz y todas las partes del cuerpo que la rodean. En previsión de esto, se inventaron las caretas antigás. Basta ponerse esta careta, para que el gas, que es muy miedoso, se asuste y no haga nada malo.



MESA REVUELTA



LA VELOCIDAD EN LA LECTURA

Pocas personas miran la figura total de cada letra al leer, sino ligeramente la parte superior. Para probar esto colóquese una tira de papel a lo largo de una línea impresa. Si se cubre la mitad inferior de las letras, se leerá aún sin gran dificultad, por el contrario, es más difícil la lectura si se cubre la parte superior de las letras. Por término medio pueden leerse 20.000 palabras en una hora. El record lo batió un inglés, leyendo seis novelas en un día. Sus ojos habían recorrido una milla y cuarto por hora.



—Pues nada, chico, que regreso de Africa aburrido, porque no he logrado encontrar un solo león.
—No te extrañe, porque estuve yo cazando allí el mes pasado.

Copiad este dibujo de un solo trazo y sin levantar el lápiz del papel.



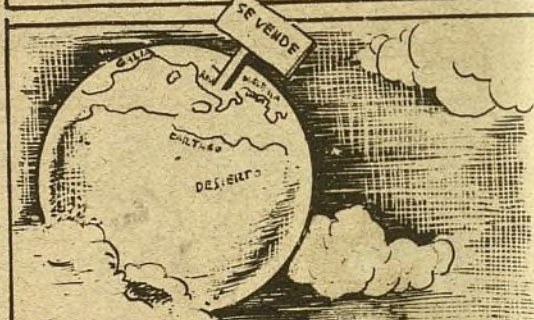
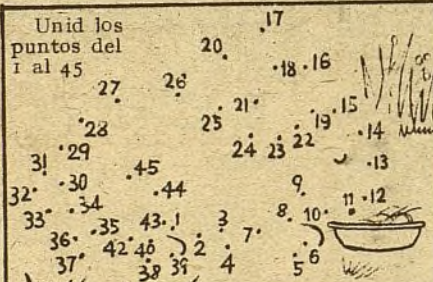
Este negrito que ha matado al tigre, no sabe qué camino ha de seguir para recogerle.



David Rice Atchison, presidente de los Estados Unidos, durmió durante todo su período presidencial. El 4 de marzo de 1849 terminó el período gubernativo del presidente Polck, pero su sucesor Zachary Taylor, sólo se hizo cargo del Forder al día siguiente. En el interregno de ese día el mando correspondía al presidente del Senado, David Rice Atchison, quien lo pasó durmiendo.



El agua hirviendo se emplea en Alaska para hacer helados. Debido a la baja temperatura, no hay temor de que el hielo se derrita.



TARJETA

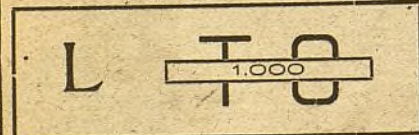
Ana Dobal

Pueblo de España.

LOGOGRIFO

- 123456789 — Que le cuesta creer lo que dicen.
49249259 — Lo hace el gato.
3946549 — Muy bueno para comer.
612549 — Necesario para vivir.
34569 — Oración.
2789 — Que no sirve.
692 — Tratamiento.
45 — Nota musical.
8 — Cifra romana.

JEROGLIFICO



ROMPECABEZAS

Combinad estas sílabas de modo que se lea un refrán popular. M.

ma, ge, sal, de, y, dor, co, va, ri,
de, rra, do, na, re, ha, dor, de

(Las soluciones en el número próximo)

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

Al Rompecabezas: El buey suelto bien se lame. Al Jeroglífico: RELLENO. A la Tarjeta: SOLAN DE CABRAS. Al Logogrifo: SARDINERO. Al Rombo: N-RE-NERON-SOR-N. Al Triángulo: POLVORERA VOLANTE RETE-RA. Al Crucigrama: HORIZONTALES: 1. Felón. 2. Cilicio. 3. Calé. Asta. 4. Orío. Arte. 5. Can. Sin. Vil. 6. Al. Medea. Si. 7. Sor. Das. Jba. 8. Ovas. Atas. 9. Apio. Olas. 10. Emerción. 11. Aríón. VERTICALES: 1. Ocaso. 2. Cratova. 3. Calín. Rapé. 4. Filo. Sima. 5. Ele. Sed. Ver. 6. Di. Midas. Ri. 7. Cca. Les. Oso. 8. Nise. Alón. 9. Otro. Itan. 10. Atisban. 11. Elías.

TRIANGULO

00 000 00 000
000 00 00
00 00
000

Cambiad los ceros por letras de modo se lea horizontal y verticalmente lo siguiente: 1.° Varias casas comerciales del mismo dueño. 2.° Piel preparada. 3.° Pueblo de Coruña. 4.° Pueblo de Lérida. M.

ROMBO

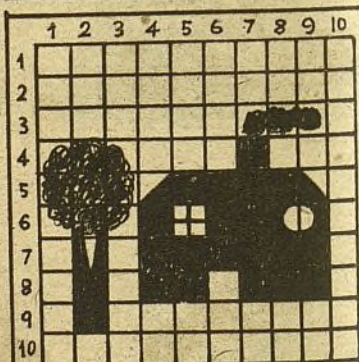
0
0 0 0
0 0 0 0
0 0 0
0

Cambiad los ceros por letras de modo se lea horizontal y verticalmente lo siguiente: 1.° Consonante. 2.° Ganado. 3.° Río de España. 4.° Cifra romana. 5.° Vocal.



—Oiga ¿es la Comisaría? Hay un ladrón en casa de la señora de Golindez. ¡Envíen una pareja de guardias!
—La voz por teléfono: En seguida ¿es la señora la que habla?
—No, señor; es el ladrón.

En marzo del año 193 el mundo fué vendido al mejor postor. Didio Juliano compró todo el mundo romano a la Guardia Pretoriana en una suma equivalente a 5.000.000 de dólares oro.



CRUCIGRAMA por Méndez

HORIZONTALES

1. Isla francesa. 2. Perfumes. 3. Edificación. Impar. 4. Pronombre. Metal. 5. Consonante. 6. Vocal. 7. Consonantes. 8. Letras. 9. Adoptado. 10. En terminología.

VERTICALES

1. Al revés, personaje bíblico. Nombre de varón. 2. Altar. 3. Número. Estado americano. 4. En las oraciones religiosas. Pronombre. 5. Mamífero. Símbolo de metaloide. 6. En las vasijas. Al revés, en química. 7. Iniciales de una institución española. 8. Negación. Número romano. 9. Al revés, nombre de una letra griega. Nota musical. 10. Remozamiento.

ROMANCE DE LOS TRES CAMARADAS

Eran los tres camaradas
y los tres juntos se fueron
a la guerra una mañana,
los tres la camisa azul
los tres las flechas bordadas;
en cada camisa, cinco
flechas de color de grana,
y en cada flecha una rosa,
quince rosas que brotaban.
¡Los tres dejaron tres madres!
¡los tres dejaron tres santas!
que en las noches silenciosas
hilos de espera bordaban
entre suspiros de estrellas
y rayos de luna clara,
con bastidores de angustia
sobre rasos de plegaria.
¡Los tres dejaron tres madres,
tres madres que no lloraban!
tres madres en flor de rezo
sedientas de luz de Patria,
lentos los ojos de mirtos
descalzos de sal de lágrimas.
Y los tres juntos se fueron
con la alegría en el alma
y en los labios encarnados
la sonrisa a flor de ansias.
¡Ay, qué sonrisa más limpia
y qué sonrisa más franca!
Los tres juntos se perdieron
por el sendero del alba,
los tres se fueron cantando
Y los tres así cantaban:
«De los malos españoles
vamos a salvarte, España,
los tres somos hijos tuyos
para orgullo, honor y fama,
y los tres, tres camaradas.
Para defenderte, Madre,
con nuestro coraje basta.»
Eran tres voces alegres
que el viento se las llevaba;
eran tres pechos herguídos
y tres faces bronceadas;
y así se fueron cantando
los tres aquella mañana
con la sonrisa en los labios
y la alegría en el alma.
Lejos la guerra en su potro
de polvo gris cabalgaba,
con estridencias de bombas
y besos ronc de balas,
caricias de hierro y plomo,
surcos de sangre regada.
La guerra abrazó a los tres
con su abrazo de metralla;
en sus tres pechos abiertos
tres ríos de sol y patria.
¡Ay, los tres juntos cayeron
en sierra de Guadarrama,
cara al sol, sobre la cumbre
dorada de la montaña!
La guerra siguió en su potro
de sangre desenfundada;
rimando en «gong» de nocturnos
su campo de carcadas.
En una escolta de ángeles
iban los tres camaradas
cantando aquella canción
que fué promesa sagrada.
Con rutas de imperio nuevo
iban a montar la guardia;
silenciosos de brisa y pájaros
enlutan la tarde blanda.
Era una noche sin luna
y tres luceros brillaban,
tres nervios se congelaron
en un hervir de esperanza;
y quince rosas brotaron
en quince flechas bordadas.
Las tres madres iban juntas
y ni siquiera lloraban;
las tres vestidas de negro
por un camino de espadas,
las tres bordando silencios
en bastidores de hazañas
y con la vista perdida
en tres luceros de plata.
«¡Cimas de imperio latían
entre los senos de España!»
FIN

Carlos Edmundo de Ory.
(Flecha naval)

Cádiz, 8 de noviembre de 1940.



Jaimé Villasire
Barcelona.



Avelina Criado
Medina del Campo.



Manuel Somoza
Madrid.



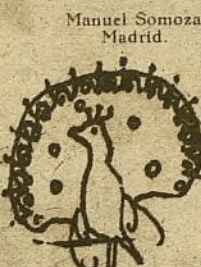
Pascual Torrent
Torrente (Valencia).



Conchita Garrigó
10 años.—Madrid.



Manolo Agulló
Cocentaina.



Carmen Cavia
9 años.—Madrid.



Salvador Toquero
Guadalajara.



Tomás Gorostiza
9 años.—Baracaldo.



Enrique del Río
7 años.—Carballo.



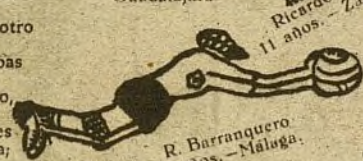
Ricardo Duarte
11 años.—Zamora.



Vicente Orti
12 años.—Córdoba.



Paquito Oliva
7 años.—Alicante.



R. Barranquero
11 años.—Málaga.



Vicente Ferrer
Cocentaina.



Conchita Duarte
5 años.—Zaragoza.



Jesús Marino
11 años.—Gruas.



Pablo Ruiz
12 años.—Bilbao.



Faustino Mendoza
Pasajes Ancho.



Jesús Lizárraga
9 años.—Zaragoza.



Pilar Gonzalo
8 años.—Palencia.



Encarna Agulló
Cocentaina.



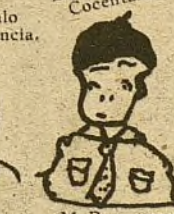
Amado Rubio
11 años.—Madrid.



Joaquín Muñoz
4 años.—Barcelona.



Felipito Blanco
8 años.—Barcelona.



M. Barranquero
6 años.—Málaga.



Paquito Oliva
7 años.—Alicante.



Eugenia Casademunt
14 años.—Gerona.



Gloria Murga
Fuenterrabía.

ESTEPA CASTELLANA

Nací en una humilde aldea de Castilla: castellanos fueron mis padres, y castellanos mis abuelos; los tríos invernales, fueron las primeras caricias con que me brindó la Naturaleza. Crecí al amparo de mi aldea escondida entre castaños y robledales. Llegué a joven, y amé la poesía; gustaba de admirar el horizonte puro e inmaculado de mi tierra. Cerca de mi lugar, había un frondoso bosque de abetos y a través de él, pasaba un río. Allí, sentado en una de sus orillas, estaba horas y horas, añorando nostalgias y carinos de mi tierra; por techo, el cielo; por solar, la estepa castellana.
El sol nacía; sus primeros rayos inundaban por doquier la tierra; ni un árbol, ni una casa, ni un cerro que procurara sombra al poético caminante; nada se divisaba en la lejanía. ¡Qué ingrato suelo, pero qué de glorias en su corazón encierra!
Seguí creciendo; el ganado rumiando, pacía en la miserable meseta. Todo igual que antaño, ni un árbol, ni una casa, ni una aldea.
Abandoné el lugar; como avergonzado, hui de mi Castilla; me encontré lejos, la tierra era otra, más bella, más alegre, más risueña; el horizonte no existía; era un grupo de casas, un bosque, un cerro. Sentía esta alegría; la vivía; pero en medio de todo ello, había un vacío insondable, una tristeza oculta; ¿la conoces? ¡Ah, sí! ¡La humilde hospitalidad castellana!
Seguí creciendo y llegué a anciano; no obstante encontrarme lejos, seguía añorando a mi nativa tierra. ¡Qué mejor sepultura para el anciano, que la tierra que lo vio nacer? No pude más; abandoné a mi familia, y cual hijo pródigo, retorné a mis desiertas estepas castellanas; allí, con la frente alta, orgullosa mi mirada, descansado mi cuerpo, seguía con mi vaga mirada el desierto horizonte. ¡Siempre igual, siempre el mismo! Ingrato, estéril, pero soñador y lleno de poesía. A lo lejos, las ovejas pacían y el pastor entonaba con gastada voz, esta melancólica y triste canción:
¡Dichoso aquél que no ha visto más suelo que el de su patria!
Medité estas cortas palabras, y corrido por la vergüenza que en mi interior sentía, me oculté, no en la fronda del bosque, no; sino que en mi interior lo sentía y en mi interior lo purgaba.
¡Dichoso aquél que no ha visto.....
¡Hermosas y bellas palabras, llevadas a mis delicados oídos por el azar! Al día siguiente, cuando iba a dar mi cotidiana visita por el bosque, lanzaba mi mirada errante por el horizonte, mientras mi corazón me decía: ¡Qué estéril, pero qué noble es la estepa castellana!

León.

M. Méndez.

CANCIÓN

Legionario valiente de España que no teme ni al frío ni al calor, y que va a defender la bandera de nuestro pueblo español. Legionario que no teme a nada y marcha con gran fervor a darle la batalla al infiel rojo masón. Apostado en la trinchera, dándole el pecho a la muerte, y si una bala te da coronas te tejerán. Y darías la vida a España tremolando tu bandera, que es la más gloriosa enseña que nuestro Caudillo hiciera. ¡Legionario, gloria inmortal! ¡Legionario, siempre a triunfar!

Francisco Godoy
14 años.

Bailén (Jaén).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN AL SEMANARIO NACIONAL INFANTIL

ESPAÑA
Anual..... 13,50
Semestral..... 7,00
Trimestral..... 3,75

FLECHAS Y PELAYOS

EXTRANJERO
Anual..... 16,00
Semestral..... 8,50
Trimestral..... 4,50

AVISO

Debido al exceso de trabajos de colaboración que están todavía sin publicar, rogamos a nuestros pequeños lectores se abstengan de enviar cualquier clase de trabajos, hasta nuevo aviso. Los que en lo sucesivo se reciban, aunque lleven el cupón de números atrasados, no serán publicados.

Ayuntamiento de Madrid



Eduardo Olarán
11 años.—Gruas.

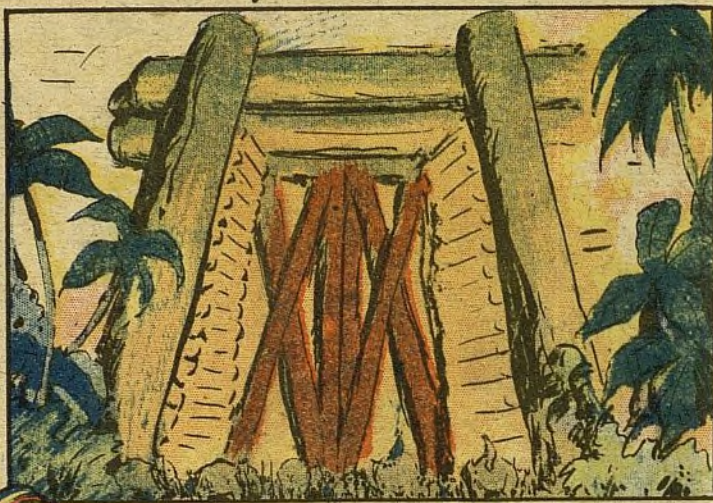


Luis Zamora
Pasajes Ancho.

El hombre diabólico

texto de Valle. dibujos de Teodoro Delgado

Los salvajes habían vencido gracias al poderoso auxilio de sus magníficos elefantes. Hechos todos prisioneros fueron conducidos a través de la espesa selva. El fortín quedó deshecho, mostrando por todas partes las huellas horrendas de aquella lucha a muerte que hacía tan poco se había desarrollado. El hombre diabólico había sido capturado también. Victorio se había dejado prender sin poner resistencia, como si aquella nueva aventura le gustara y quisiera divertirse un rato. Pasado el fatigoso camino a través de la selva, ante los ojos admirados de los prisioneros que creían hallarse en una isla completamente salvaje, apareció una alta y espesa muralla que circundaba un enorme valle. La comitiva se paró ante una gigantesca puerta que cerraba aquella fortaleza y uno de los hombres fieros, llevándose a la boca un extraño cuerno de caza lanzó al aire aquel sonido gutural que antes habían oído. Inmediatamente las puertas se abrieron y aparecieron unos cuantos salvajes, con grandes penachos de plumas en la cabeza de vistosos y variados colores. Enormes lanzas hechas de cañas de bambú y unos escudos pintados también con brillan-



tes círculos. Recogieron de los elefantes a los prisioneros y amarrándolos fuertemente con gruesas sogas, los pusieron en fila india y custodiarlos por todos ellos los llevaron a presencia de su rey. Este se hallaba en una gran casa construida toda ella de troncos de árbol habilidosamente entretreídos y de grandes proporciones. Sentado en una especie de trono recibió a sus súbditos y a aquellos prisioneros tan raros que tenían las orejas tan pequeñas y les faltaba el cuerno en la frente.

—¿Quién son estos hombres?— preguntó el rey en un lenguaje tan raro que los piratas no entendieron una palabra.

Uno de los salvajes, que a juzgar por su vistoso traje y largo plumero, parecía el jefe, respondió:

—Los hemos hallado en la selva. Habíanse apoderado ya de nuestros terrenos y formado una vivienda. Les hemos sitiado y aquí los traemos.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?— preguntó el rey mirándolos con curiosidad.

(Continuará)

